

# 12. REVISIÓN

*7 de abril 2003*

Terminé. De pronto todo lo que quería decir en el último capítulo me pareció que ya estaba dicho, que era hojarasca, que valía más un final sobrio, un poco seco. Pero quizá es solo por las ganas que tenía de terminar, de imprimir... Como me suele ocurrir, no ha sido un gran momento: más bien lo que siento ahora es cansancio, sí, el cansancio contenido, reprimido, negado, que ahora sale... Además, el momento no puede ser un clímax porque sé muy bien que es un falso final, que es solo el fin de la primera etapa, la más importante desde luego, pero el principio de otra o mejor dicho otras: dejar reposar, dar a leer a los amigos... aquilatar sus opiniones... volver a dejar reposar, a releer, a corregir... Pero bueno, la primera lectura será la mía. Tengo de veras curiosidad por lo que pensaré el lunes próximo, cuando la relea de corrido, en la biblioteca de la Universidad, en Barcelona.

*22 de abril 2003*

La releí y no me pareció mal. Hay que replantear el principio y el final, pero es solo un 20% o así del total, el resto está bien, creo que tiene agilidad, buenos personajes, y que las reflexiones sobre biografías de escritores le dan eco, espesor, hacen que no quede demasiado pegada a la historia que se cuenta.

*Diario de una escritora – Laura Freixas*

He aquí un pasaje extraído del diario de Laura Freixas en el que comenta la finalización y el comienzo de la corrección de su novela *Amor o lo que sea*.

Una vez que hemos llegado al final del texto, es el momento de volver al principio. Un relato (y, por supuesto, una novela) contendrá, al término de su redacción, múltiples errores e incorrecciones que han ido surgiendo mientras escribíamos.

Como es lógico, la mayoría de las veces no es fácil ser consciente de esos errores mientras acometemos la tarea de crear; otras veces sí somos conscientes, mientras escribimos, de que hay cosas que precisan ser pulidas, pero es más urgente terminar primero de plasmar, aunque sea de manera imperfecta, la historia que hemos planeado. En cualquier caso, una vez concluida la escritura del texto, siempre es necesario someter el resultado a una profunda revisión.

La tarea de la corrección es sin duda la etapa menos brillante de la escritura, pero es tal vez la más necesaria. Y precisamente es en esta etapa cuando podemos aprender mucho sobre nuestros propios procesos, mecanismos y tics a la hora de escribir.

Hay que tener muy claro que la escritura es una tarea ardua; esto quiere decir que habrá muchos tropiezos en el camino, muchos errores que cometeremos y que habrá que subsanar. Por cada buena frase que salga de nuestra imaginación habrá otras muchas que habrá que revisar, incluso eliminar, para que el conjunto del texto tenga valor. Sin embargo, por dura que sea la tarea, lo principal es que haya "algo" que corregir: es decir, un texto.

Es fácil caer en la tentación de revisar nuestra historia al mismo tiempo que la vamos escribiendo. Aunque hay algunos fallos de los que podemos apercibirnos durante la redacción, lo mejor es pasar los tropiezos por alto y seguir escribiendo. Tengamos en cuenta que, por evidente que pueda parecer, si no hay un borrador sobre el que trabajar, no tendremos nada que corregir.

A veces, lo mejor es dejarnos llevar por el impulso de la escritura, sin más, obviando detalles y tratando de que la historia cobre fuerza y tenga continuidad, sin pausa alguna. Después siempre habrá tiempo para volver sobre nuestros pasos y detenerse en lo que no está bien.

Por tanto, dejemos la tarea de la corrección para el final, cuando tengamos un texto completo que nos proporcione una imagen exacta de nuestro trabajo y él mismo nos dé las claves, al analizar el conjunto, de lo que es necesario enmendar.

Uno de los principios básicos más extendidos acerca de la revisión es que hay que dejar pasar un tiempo antes de acercarse de nuevo al texto. Muchos autores opinan que es mejor cuanto más tiempo repose un escrito.

Ese tiempo que nos tomamos antes de comenzar la corrección, sea mayor o menor, sirve para tomar distancia del trabajo realizado y nos permite ver bajo una nueva luz nuestra obra. Es decir, el tiempo nos permite tomar perspectiva frente a nuestro trabajo y detectar, con la relectura del texto, pasajes reiterativos o superfluos, incorrecciones gramaticales, contradicciones, etc.

El de la corrección es, además, un momento que propicia el aprendizaje de las herramientas narrativas, así como de nuestra propia manera de escribir. Aprendemos sobre nuestro ritmo y nuestra voz, sobre nuestros puntos débiles, sobre qué aspectos nos cuesta más resolver: los diálogos, el humor, la ilación de las distintas escenas...; pero también de cuáles sabemos salir airosos.

De ese aprendizaje acerca de la manera en que nosotros mismos abordamos y resolvemos las historias que deseamos poner por escrito surge un conocimiento necesario e interesante que cimentará el tratamiento de futuras obras, un punto a tener en cuenta para prestar especial atención al momento de la revisión. Ahora bien, a priori podemos plantearnos la pregunta de qué debemos corregir, cómo saber qué partes son las que necesitan corrección. La respuesta a estas preguntas nos las dará la lectura detenida del texto.

Los errores sintácticos o gramaticales resultan fáciles de detectar y corregir. También lo son las pequeñas contradicciones que pueda presentar el texto a modo de fallos de *raccord*. Por ejemplo, si hemos descrito a nuestra protagonista vestida con una falda gris, pero luego hablamos de su vestido negro, la corrección resulta fácil.

Al releer nuestro texto en el momento de la corrección también es conveniente prestar atención a la sucesión temporal de los hechos, para detectar y subsanar posibles incongruencias.

Pero, sobre todo, la lectura del texto terminado nos dará la clave de aquellas partes que obstruyen el natural fluir de la historia, bien porque la acción que narran sobra en la trama, bien porque hayamos incurrido en algún error al plantearla.

Algunos autores gustan de hacer la lectura de sus textos en voz alta, como método más apropiado para detectar las partes disonantes. Este método es especialmente útil a la hora de saber si las partes habladas (como vimos en la lección dedicada a los diálogos) son correctas, suenan de manera natural y no resultan forzadas. De este modo, nuestro oído nos indicará si el diálogo resulta falso o inverosímil, o si la actitud y el tono del personaje son los correctos.

Debemos detenernos en esas partes disonantes y recapacitar detenidamente sobre ellas, con honradez. ¿Aportan esas líneas algo a la narración, qué buscábamos expresar con ellas, hay otra manera de contar lo mismo, cómo encajan en la totalidad del texto?

En ocasiones, percibimos la necesidad de suprimir uno o varios párrafos una vez que hemos comprendido que no aportan nada al curso de la narración o que resultan redundantes por incidir sobre aspectos de la trama que ya se habían tratado. Cuando esto ocurre y somos conscientes de ello, lo mejor es eliminar esos pasajes que pueden resultar pesados para el lector al no aportar nada nuevo a la historia, o incluso oscurecer el correcto discurrir de la misma.

Eliminar un fragmento del texto siempre es doloroso: pensamos en el esfuerzo, en el tiempo de trabajo que invertimos para crearlo, y no queremos perderlo. No obstante, debemos pensar en lo que beneficia a la obra en su conjunto, por encima de nuestro deseo de conservar cada parte.

Si esa parte que debemos suprimir porque no encaja en la narración nos parece buena, no debemos destruirla. Podemos conservarla como semilla de un futuro trabajo, o tal vez más adelante podamos incorporarla a otra narración en la que encaje de forma perfecta.

Otras veces, sin embargo, estamos seguros de que esos pasajes disonantes que la lectura del texto nos señala son del todo necesarios en nuestra narración. Entonces, debemos estudiar detenidamente dichos pasajes y reflexionar sobre la mejor manera de reformularlos: lo que contamos, ¿puede empastarse en otro lugar, antes o después?; ¿puede resumirse, decirse de otra manera?

Puede que el tono no sea el justo, por lo que debemos reelaborar esa parte de otra manera, hasta dar con el tono apropiado. Por ejemplo, puede ser que lo que narrábamos de manera prolija, lo que convierte un pasaje en arduo para el lector, pueda narrarse sirviéndonos de un diálogo, convirtiéndose así en un fragmento más ágil y ligero.

Ocurre que muchas veces, durante la corrección, podemos hallar en el texto reminiscencias de estados emocionales en los que estábamos inmersos durante la escritura y que recogimos en ella, aunque pueden no aportar nada a nuestra historia o incluso desfigurarla. En el momento de crear el texto puede resultarnos difícil alejarnos lo suficiente de lo que en esos momentos nos embarga a nivel personal como para no verterlo de alguna manera en la historia. Por eso el momento de la corrección, si hemos dejado pasar el tiempo suficiente, nos permite detectar esos ecos y tratar de encajarlos de manera oportuna en la narración o eliminarlos si es necesario.

La revisión de la obra nos otorga una imagen general de la narración, permitiéndonos ver que todas sus partes encajan sin fricciones y componen un todo que se ajusta (más o menos) a la idea que teníamos cuando comenzamos a escribir. Debemos seguir la trayectoria que traza la historia y comprobar que es limpia, comprensible, aunque esté llena de digresiones o encrucijadas. Debemos asegurarnos de que estas digresiones o encrucijadas existen porque nosotros lo hemos querido, porque son pertinentes, no porque la narración se nos ha ido de las manos.

Por ello, nuevamente hacemos hincapié: si en algún momento hay una parte de la historia que nos resulta ajena, prescindamos de ella o tratemos de reestructurarla para que se ciña a lo que pretendíamos contar.

Otra cuestión que se nos plantea cuando nos enfrentamos a la corrección de un texto es, precisamente, dirimir cómo sabemos que ya podemos finalizar la revisión, que ya no hay nada más que corregir.

Esta pregunta tiene difícil respuesta. A dársele nos ayuda precisamente el tiempo que hemos dejado transcurrir desde que hemos terminado de escribir hasta que nos dedicamos a corregir. Porque ese nuevo acercamiento al texto, que debe ser desapasionado, es el que nos dará la clave de qué partes funcionan mal o descomponen la idea que queríamos transmitir.

Cuando hemos corregido esos pasajes que en las primeras relecturas nos han parecido poco convincentes, es el momento de parar. Entonces, debemos volver a releer el texto completo para comprobar que esas disonancias han desaparecido y que las modificaciones que hemos introducido no alteran el conjunto de la narración.

Hay que tener en cuenta que la tarea de corregir puede resultar interminable, sobre todo porque nuestro nivel de exigencia nos suele llevar a pulir cada detalle y a encontrar siempre una manera más apropiada de conducir la narración. Pero esto no necesariamente tiene que ser bueno.

Al corregir es siempre necesario respetar el trabajo hecho y la vitalidad que en el momento de crear insuflamos a cada línea. Más allá de los retoques que la primera lectura atenta nos sugiere, no debemos trabajar más en el texto, so pena de restarle naturalidad y conseguir un trabajo perfecto, pero inerte y frío.

Por otra parte, debemos asumir que, muchas veces, todo el trabajo realizado es prescindible. A pesar de la ilusión y el esfuerzo invertido, la narración en que hemos estado trabajando, cuando volvemos sobre ella para su revisión una vez transcurrido el tiempo, puede parecernos floja, pueril, rimbombante, alejada de nuestro estilo...

Hay mil razones por las que un texto en el que hemos trabajado duramente, transcurrido el tiempo, viene a parecernos un texto débil, insalvable. Cuando sea así, no debemos dudar en reconocer que la narración no es buena, pues esto no supondrá ningún desdoro para nuestras habilidades. Al contrario, es nuevamente una gran oportunidad para aprender de nuestros errores y estudiar nuestra manera de enfrentarnos a la escritura.

Una vez hemos llegado a la seguridad de que el texto no plasma la idea que queríamos transmitir debemos, más que nunca, analizar dónde se ha producido el desvío que nos ha alejado de esa idea.

Tal vez podamos rescatar esa idea primera y tratar de reescribirla de nuevo. Puede que la manera de abordarla no fuera la idónea, que la hayamos abordado desde un punto de vista que la desfigura, o que el desarrollo de la trama no sea el más apropiado. Sea cual fuere el motivo de que el texto no nos satisfaga, quedémonos siempre con lo positivo que con toda seguridad hay en él: salvemos esos fragmentos de buena literatura, porque tal vez puedan sernos de utilidad en otra historia. Pero no tengamos compasión a la hora de desechar el texto íntegro.

Ahora bien, si la historia nos sigue pareciendo buena y consideramos que es solo cuestión de darle un tratamiento distinto, lo recomendable es que no acometamos la escritura de forma inmediata. Puesto que acabamos de releer, después de un tiempo, la narración, podemos de alguna manera estar bajo su influencia. Por ello lo mejor es que, en un primer momento, nos limitemos a tomar notas de por qué la idea nos parece buena y qué pudo haberla desvirtuado en el primer texto, así como nuevas maneras de afrontarla que puedan parecernos más adecuadas. Una vez hayamos dejado reposar esas ideas, será el momento de volver a intentar abordar la historia.

Podemos concluir por tanto que la revisión y corrección del texto es imprescindible. Ahora bien, lo idóneo es dejar transcurrir algún tiempo desde que finalizamos la escritura del texto hasta que acometemos su corrección; ese tiempo nos servirá para tomar distancia de nuestro trabajo y permitir una revisión desapasionada del mismo.

Chéjov nos recomienda en uno de sus *Consejos para escritores*:

Guarde el relato en un baúl un año entero y, después de ese tiempo, vuelva a leerlo. Entonces lo verá todo más claro. Escriba una novela. Escríbala durante un año entero. Después acórtela medio año y después publíquela. Un escritor, más que escribir, debe bordar sobre el papel; que el trabajo sea minucioso, elaborado.